

Lautaro García

El mes artístico

El Santa Lucía motivo del mes

¿El Santa Lucía colocado en el primer plano del movimiento artístico del mes?, se preguntarán algunos con extrañeza. Sí señores, porque el Santa Lucía es en estos días algo más que un cerro, algo más el paseo más bello original y característicamente chileno que posee Santiago. El Santa Lucía sirve en estos momentos de cartabón para clasificar los gustos artísticos, el criterio estético de los santiaguinos. Estos pueden dividirse actualmente por sus tendencias en dos grandes grupos: los que desean que la abrupta roca a cuyos pies acampara don Pedro de Valdivia con sus huestes, siga siendo un cerro y los que quieren que recupere su aspecto de fortín español; aspecto hipotético ya que nunca lo tuvo en los tiempos heroicos por su misma rocosa y árida configuración.

La transformación del cerro se ha convertido en la batalla artística pre centenaria. Por esta razón el Santa Lucía ha aparecido muchas veces durante el mes estrechado entre los coronales de la prensa diaria, llevado y traído por las corrientes que se disputan sus laderas para transformarlas, según sus sueños de hermoejamento.

Conscientes de poseer uno de los paseos más originales del mundo, ya que no hay ciudad que tenga en su corazón una colina arbolada de su carácter y proporciones, los santiaguinos

siempre se han mostrado orgullosos del indígena Huelén. Animados de los más altos propósitos de amor a la ciudad quieren que en esta esmeralda arbórea aparezca cada vez más ponderada en medio de la dispareja floresta de cemento que lo circunda. Aunque la mayoría de los habitantes no se aventuren nunca por sus umbríos senderos y ni siquiera se detenga a contemplarlo cuando pasan por la Alameda la cabeza hundida en los hombros y el pensamiento sumergido en sus preocupaciones diarias, en cuanto se trata del ornato del Santa Lucía todos opinan y sacan a relucir sus ideas propias al respecto. Ya se sabe que en materia de estética, como de medicina, el hombre de todas las latitudes tiene sus ideas propias.

Y ahí está el pobre cerro con el rumor de su entrada principal sufriendo las arremetidas de los urbanistas que, como pinchazos de inyecciones estéticas, agudizan el proceso de su transformación. Esta entrada monumental de la Plaza Vicuña Mackenna es el punto neurálgico que hace saltar a los santiaguinos ofendidos en su sentido artístico. Un humorista la llamó la torta de novia del cerro y desde esa criolla ocurrencia, característica del ingenio gráfico de la raza, son muchos los que han perdido el sueño viendo modo de reparar la afrenta de cemento armado.

Sin duda como estilo arquitectónico dicha entrada resulta recargada para el sintetismo de nuestros días. Representa fielmente otra. Aquella de principios del siglo que se llamaba «l'art nouveau»; pero precisamente por ser representativa de dicha época son muchos los que son partidarios de su subsistencia, entre ellos una gran mayoría de arquitectos y artistas plásticos que prefieren modificarla en sus detalles antes que demolerla. Fuera de estas razones apoyan su idea en el temor de que dado el costo de una nueva subida, demolida la actual, el Santa Lucía pase muchos lustros sin ninguna. Conociendo nuestra idiosincrasia y el pauperismo de las arcas municipales este argumento adquiere positiva fuerza de convicción.

Una tendencia encabezada por un señor, hombre enamorado sin duda de las formas precoloniales, y que en esta campaña ha demostrado poseer aparte de su amor por la arquitectura guerrera de la conquista, un empuje inquietante para mover la opinión pública, propicia la restauración — llamémosla así— de la entrada principal en su carácter de fortín español. El señor Salvador Castro, la persona aludida, es autor de un proyecto en este sentido que ha expuesto en una «maquette» tentadora y un dibujo del cerro muy bien ejecutado por el acuarelista señor Alberto Cabezón. Este proyecto fué rechazado hace algún tiempo por la Municipalidad después de oír a sus funcionarios especialistas, tanto por razones estéticas como por su costo que se eleva a más de tres millones de pesos; pero su autor no se ha dado por vencido y ha recolectado firmas de arquitectos y de personas influyentes que apoyan su idea, haciendo nuevas presentaciones a las autoridades.

Frente a esta corriente que propugna la desaparición de la entrada monumental para sustituirla por el proyecto en referencia se ha levantado la opinión de la Asociación de Arquitectos, el Instituto de Urbanismo, la Facultad de Bellas Artes y hasta la Sociedad de Amigos del Arte, que lo combate y no desea reformas tan radicales sino simplemente la ejecución del plan ideado por el arquitecto y pintor señor Roberto Humeres, plan aprobado por la corporación edilicia y que deja de lado la subida de la plazuela Vicuña Mackenna, concretándose a la forestación de la parte que da a la Alameda, ordenando en planos su ladera como se ha hecho con la parte que cae sobre la calle Santa Lucía. Es esto lo que dicta el buen sentido: continuar la obra de la naturaleza que sabe «componer», coordinando las masas y armonizando los totales, mucho mejor que los hombres. Es decir, dejando que el Santa Lucía siga desarrollándose como cerro y completando su aspecto forestal que es lo que lo singulariza.

Y si queremos respetar la tradición debemos recordar al

«autor» del cerro. Don Benjamín Vicuña Mackenna al tener la visión futura del Santa Lucía, frente a la desnudez de la roca, lo veía envuelto en masas de arbolados y con muy buen gusto de paisajista trató de cubrir los dos restos coloniales que existían: el uno llamado el Castillo del Hidalgo que tenía su base sobre la actual plazuela que mira a la Alameda y el otro que aun subsiste con su portada hacia la calle de Merced y que fué construída por el Gobernador Marcó del Pont.

Siguiendo nuestra inveterada costumbre de copiar lo europeo, la subida monumental parece que fué inspirada por la del Pincio de Roma, único paseo montuoso que puede parangonarse con nuestro Santa Lucía. Por supuesto que a nadie se le ha ocurrido en la capital italiana modificar las escalinatas antiguas. Allí se ha dejado que la naturaleza compusiera lo que hizo la mano del hombre y hoy día la pesadez de esa subida ha desaparecido bajo el verdor de arbustos y árboles.

Esta batalla en torno a la tan traída y llevada subida ha hecho nacer en algunos artistas la regocijada idea de constituir una sociedad que se llamaría «Amigos de la Torta del Santa Lucía» para impedir su demolición, propiciando su simplificación por medio de enredaderas, que ya en gran parte la cubren, y quitándole los aditamentos que la complican, esos jarrones y el templete central a cuyos pies Neptuno preside con su tridente la fiesta de las aguas, que cantan noche y día su canción ajenas al afán innovador de los estetas santiaguinos.

El maestro Enrique Soro

Con un concierto dedicado exclusivamente a sus obras, ha celebrado este compositor nacional sus bodas de oro en las actividades musicales. Con la precocidad propia de los músicos el maestro Soro se presentó en público a la edad de cinco años. Su carrera artística ha seguido una línea sin vacilaciones ni inquietudes. Consecuente con su temperamento, ponderado y me-